

MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN

A LA SEÑORA DOÑA MANUELA SERRANO DE VALLE

PRIMERA PARTE

ROMANCE I

EL ASTRÓLOGO.

En un salon espacioso
De aquel alcázar soberbio,
Que habitaron los monarcas
Del Anahuác opulento,

En un salon que tapizan
Cien colgaduras de lienzo
Bordado de oro, y que ostenta
El rico artesón de cedro,

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Bajo un dosel de oro y fino
Nácar incrustado en ébano,
Y sobre un banco de *icpali*
Está el Rey nono de México,
Moteuczoma el poderoso
Que no hace mucho que ha vuelto
De una expedición famosa
En que ha perdido su ejército,
No combatiendo cual suele,
Contra el belicoso pueblo
De Amatlan, que rebelado
Tremola pendon guerrero;
Sino al embate furioso
De una tempestad, que haciendo
Destrozo grande en sus huestes,
Le obliga á tornar ligero
A Tenuchtitlan la hermosa,
Con los miserables restos
De una legion combatida
Por el cansancio y el miedo;
Que un portentoso cometa
Su cauda enseña en el cielo,
Nuncio de grandes desgracias
Para el trono y para el reino;

Y por eso acongojado
 Está el monarca en su asiento,
 Entrambos brazos caídos,
 Pegada la barba al pecho ;
 Ni hace caso de un *jicali*¹
 Que de *octli*² espumoso lleno,
 Le ha presentado una esclava
 Que le sirve con esmero ;
 Ni una luenga caña fuma
 Que colma tabaco bueno,
 Con *tlilxochitl*³ oloroso
 Y otras dos yerbas compuesto ;
 Pues piensa solo en que dicen
 Los nigromantes mas viejos,
 Que el cometa y el fracaso
 Que dispersó á sus guerreros,
 Y el incendio repentino
 De las dos torres del templo,
 Le anuncian que de otra tierra,
 Que está del Anáhuac lejos,
 Y por el lado en que luce
 El sol sus rayos primeros,
 Vendrán en son de conquista
 A derrocar su gobierno,

1 Vaso natural.

2 Pulque, licor fermentado que se extrae del maguey.

3 Vainilla.

Sobre palacios flotantes,
 Asombro del universo,
 Hombres de color distinto
 Y de distinto dialecto.

Y el vaticinio le infunde
 Un temor tanto mas serio
 Cuanto que Nezahualpilli
 Rey del Tezcucano pueblo,
 Que fama alcanza de sabio
 Y de clarísimo ingenio,
 Y á quien Moteuczoma tiene
 Por astrólogo supremo,

Con pesadumbre le afirma
 Que cuanto dicen es cierto,
 Y se lo probó dos veces,
 ¡Triunfando de él en el juego!

Que era el azar el que daba,
 Por aquellos raros tiempos,
 De extraordinarias costumbres
 Y extraordinarios sucesos,

En las dudas mas sencillas,
 Y en los mas árdulos empeños,
 La victoria al mas taimado,
 O mas astuto, ó mas diestro.



Que está impaciente el monarca
Indica claro en su gesto,
Y los instantes que corren
Se le hacen siglos eternos.

A alguno espera, no hay duda,
Pues al rumor mas pequeño
Quiere incorporarse, y torna
Su semblante placentero.

Pero así como en la oscura
Noche, cruza el firmamento
Relámpago repentino,
Quedando despues mas negro;

Así su semblante, torvo
Vuelve á quedar al momento
Mas airado y mas sombrío
Mientras mas avanza el tiempo.

En alternativas tales
Está; mas de pronto oyendo
Cercano rumor de pasos,
Se alza del banco, violento,

Y «véte,» á la sierva dice,
«Vete;» y en el punto mesmo
Se abrió la régia mampara
Que da entrada al aposento,
La cual, despues de dar paso
A dos hombres, tornó luego
A cerrarse, y quedó breve
Rato la estancia en silencio.

Rompióle al fin el monarca
Dirigiéndose al mas viejo
De los dos, que apenas puede
Tenerse en sus piés de hielo.

—«Tú, Xoloe, que los destinos
Penstras de hombres y pueblos,»
Le dice al humilde anciano
Que no se atreve ni á verlo;

Tú que las noches te pasas
En las estrellas leyendo,
Para arrancar uno á uno
Al porvenir sus secretos;

Tú que en el estudio has visto
A un siglo encorvar tu cuerpo,
Llenar tu frente de surcos
Y de escarcha tus cabellos,

Dime si es cierto el horrible
Horóscopo que el funesto
Rey de Acolhuacán descubre
De tu ciencia en los misterios.»

El astrólogo, confuso,
Parece de mármol hecho,
Segun lo pálido y frio
Que está clavado en su puesto.

«Dí que mi primo se engaña,
Y te colmaré de obsequios,
Y te daré una hija mia
Para que te sirva, en premio.»

El sabio baja los ojos,
Con justa razon temiendo
La cólera soberana
Que oculta el rey con esfuerzo.

«Contesta, Xoloe, no temas.»
—«Si tu lo mandas.....»

—«Lo quiero.»

—«Nezahualpilli no miente.»

—«¿Luego es la verdad?»

—«Es cierto.»

Al comprender Moteuczoma
Tan grande convencimiento,
En la áspera cabellera
Clava con furor sus dedos;

Y ardiendo en ira, se vuelve
Al otro, que no muy lejos
Está, en ademán sumiso,
Y es general de su ejército.

Y «de ese infame, le dice,
Préndele á la casa fuego,
Y manatiado al instante
Enciérralo de ella adentro;

Pasto sea de las llamas
Su torpe lengua y su cuerpo,
Y hasta las aguas del lago
Lleve su ceniza el viento.»

—«Gran señor, si tu lo mandas,
Gran señor yo soy tu siervo,
Clama el infeliz anciano
Irguiendo el sulcado cuello.

Si hallas placer en que muera,
Gózate, pues, obedezco;
Soy tu vasallo, y humilde
Tu majestad reverencio.

Pero antes oye: vacila
En tu débil mano el cetro,
Y pronto en ella otras gentes
Pedazos vendrán á hacerlo;

Caerás, sí..... yo te lo juro,
Y maldecirán tus hechos
Los que hoy ansiosos te halagan
Y base son de tu Imperio.

Y uno á quien tu misma sangre
Da calor y fuerte aliento,
Sobre tí su aguda flecha
Será en lanzar el primero.»

Dijo: de sus negros ojos
Se escapa un fulgor siniestro,
Y tras un postrer saludo
Sale del recinto régio.



Quedó solo el rey, mirando
De una gran ventana el hueco,
Y vió al sol, y el sol poniente
Hundiéndose á paso lento
Entre rojizos nublados,
Como girones sangrientos,
Alumbró su largo rostro
Con moribundos reflejos.

ROMANCE II

LOS FUNERALES.

El sol que en mitad del cielo
Declina con paso grave,
Vela entre nubes sombrías
Su frente augusta y radiante.

Las tristes aguas del lago
Rizan sus tibios cristales,
Y lánguidamente gimen
Bajo las alas del aire.

Tenuchxitlan aparece
Cubriendo su bella imágen
Con ese velo sombrío
Que precede á las catástrofes.

Hombres, niños y mujeres
Van en silencio las calles
Cruzando, con el dolor
Retratado en los semblantes;

Todos hácia Tlaltelolco
Se dirigen sin hablarse,
Como si á expresar su pena
Con los ojos les bastare.



Sobre una estera de palmas,
En dos almohadones grandes,
Duerme Papantzin el sueño
Ultimo de los mortales.

Era princesa viuda
De un general Totonaque,
A quien ella quiso mucho,
De quien no pudo olvidarse.

Y fué su pesar tan hondo
En tan afflictivo lance,
Que con la viudez llegaron
Padecimientos y achaques,
Sin que valieran remedios
Contra sus físicos males,
Que el daño estaba en el alma,
Y ésta no es fácil que sane.

En Tlaltelolco vivia,
Donde gobernaban antes
Ella y su esposo, y en donde
Gozó placeres fugaces;

Y allí fué donde la muerte
Vino á curar sus pesares,
Velando los tristes ojos
Que lloraron sin cansarse.

Hermana de Moteuczoma,
Fué cariñosa, y añaden
Que el monarca la quería
Como nunca quiso á nadie;

Por eso ofrece en persona
Presidir los funerales;
Y en el palacio mortuorio
Todos están esperándole;

Adentro, inmenso gentío
Que bulle por todas partes,
De nobles hembras y esclavas,
De plebeyos y de grandes;

Y afuera y en dobles filas,
Por los lados de la calle,
Más de cuatro mil guerreros
Vestidos con ricos trages,

Formados desde la puerta
Del palacio, hasta la base
De un elevado edicio,
Que era el Teocali mas grande.

Todos con harta impaciencia
Anhelan que el rey no tarde,
Aunque por la hora presumen
Que no estará muy distante.



Llega por fin Moteuczoma
Y de una litera bájase,
De dolor intenso dando
Inequivocas señales.

Lleva un xuihtilmatli ¹ airoso
Bordado con plumas de ave
Blancas y negras y azules,
Como las alas del ánade.

Cubre su augusta cabeza
El copilli ² hecho con arte,
De sutiles hojas de oro
Salpicadas de diamantes,

Al través del cual se miran,
En el cabello trenzarse,
De Quachichtin y de Ocelo
Las órdenes militares.

Y tiene los piés calzados
Con zuelas de oro brillante,
Sujetas con trenzas de hilo
De plata y piedras que valen.

Viene con su corte toda
Y un séquito inmenso trae
De príncipes y señores
Tributarios principales.

Y llegan en pos, y llegan
En orden, según sus clases,
Ministros y mayordomos,
Bufones, criados y pages.

¹ Vestido que el rey usaba en palacio y en algunas ceremonias.

² Corona, especie de mitra pequeña.

Todos vestidos con plumas
Y adornados con collares
De ametistas y esmeraldas,
En delicados engarces.



Cuando apenas del palacio
Llegó el rey á los umbrales,
Por la gran puerta salia
De la princesa el cadáver.

En vestirla se esmeraron
Con quince exquisitos trages
Hechos con labores finas
De algodón de rica clase.

Iba cubierta de joyas
De plata y oro con jaspes
De brillantados colores,
Dados con bruñido esmalte,

Y suspendida del labio
Una esmeralda muy grande,
Saliendo bajo una máscara
Que le cubría el semblante.

Precedían al entierro
Los nobles con su estandarte,
Donde el escudo campea
De las insignias reales.

Ostenta un águila negra
En actitud de lanzarse
Sobre un tigre, que dispone
Sus garras para el combate.

Iba el monarca en seguida,
Andando con paso grave
Sobre esteras, porque el suelo
Con las plantas no tocarse;

Luego la corte, formando
Raro conjunto, admirable,
De tilmatlis¹ y cimera
Yelmos, armas y collares;

Después la muerta, tendida
En angarillas de áloe,
Por seis esclavos cargada,
Que gimen sin consolarse.

Y van por último tristes,
Y llanto vertiendo á mares,
Los Teopixquis² que entonaban
Las cántigas funerales.

¹ Traje de los mexicanos.

² Sacerdotes.